

**Matías Sapegno**  
**“Dicen que va a llover”**

A las cinco de la mañana hacía mucho frío, pero la gente ya estaba en la faena. En un tablón había caña Legui, whisky, cerveza, petacas Tres Plumas, algún vino. Sobre una puerta vieja que hacía de mesa había pasteles, pastafrolas de membrillo y de batata, tortafritas, budines y unas tortas amarillas y esponjosas. Éramos amigos del hijo del dueño del campo y nos hacíamos los guachopistola entre la gente de pueblo que se iba arrimando a la yerra. Y chupábamos. Avanzó la mañana y nos empezamos a desafiar para ver quién se metía al corral grande a pialar, a ver si alguno era tan cojudo. Marcelo entró primero y un ternero le dio un topetazo en los huevos que lo hizo vomitar. Nos revolcamos de la risa. Los paisanos miraban de reojo y comentaban por lo bajo. Claudio quiso entrar saltando el alambrado y, del pedo que tenía, quedó a mitad de camino y casi se ahorcó. Felipe se meó mientras carcajeaba. Mientras, el monte se iba despertando y los cantos de los pájaros se mezclaban con los silbiditos de la paisanada, esos que hacen metiendo el labio de abajo para adentro y sacando un poco la lengua. A las nueve, yo también estaba bastante en pedo pero me daba pudor meterme en esa fiesta que era de los paisanos. Qué iba a hacer con la sogá de tientos, si nunca había usado una. Dale, cagón, me habilitó el papá de nuestro amigo. Justo pasé el alambrado cuando del otro lado del corral entraba un paisano morocho, camisa blanca, boina negra y pañuelito rojo. Tenía bigote fino y esa contextura que no es gorda, sino como una robustez que llena la ropa hasta el límite. Me dieron unas indicaciones y empecé a revolear la sogá. Le erré una, dos y seis veces. La última, pensé y tiré el lazo justo cuando hacía lo mismo el paisano que entró conmigo. Mi lazo interceptó el suyo, que iba derecho a las patas de un ternero. La cara del hombre cambió enseguida a confusión y después a furia. De afuera llegaron algunas risas. Solo pude mirarlo y levantar los hombros, con el pial todavía en mis manos. Intenté sonreír, como pidiéndole que no se calentara. El paisano se dio vuelta y, mientras cruzaba el alambrado, un compañero le dijo algo y le señaló el centro del corral. Él revoleó una mano como espantándose una abeja, pero en realidad me estaba mandando a la mierda. Se fue. Nosotros seguimos chupando. No me iba a amargar un gaucho pelotudo y amargo. Como a las dos de la tarde sirvieron las criadillas, las achuras, los chorizos y los costillares. Ahora sí, el vino en todo su esplendor. Al rato, algunos se echaron abajo de los caldenes para hacer una siesta. No me entraba nada más. Pero, para hinchar las pelotas, a un par le hice cosquillas en la oreja con una pajita y a otro le ató entre sí los cordones de las zapatillas. Me fui a cagar a un montecito de chañares que estaba medio alejado. Cuando hacía ya un tiempo que estaba en cucullas, lo primero que sentí fue el olor a sudor y vino. Enseguida escuché detrás mío: “Yo te viá’ enseñar”. Me pasó un lacito de cuero por el cuello, me agarró de los pelos y me arrastró monte adentro. Yo todavía tenía los pantalones abajo y así me ató, fuerte, a un tronco. Con el culo sucio en la tierra. Me metió un repasador grasoso en la boca y me pegó un bife. “No hay que meterse en cosas que no son de uno, eh”, me dijo y se fue. Me aguanté el llanto porque el trapo me rozaba la campanilla y me daban arcadas. Respiraba suavemente por la nariz. Fue pasando la tarde y, cuando los bichos ya me estaban volviendo loco, vi aparecer a mis amigos, medio agachados para esquivar las ramas. “¡Eh, acá está el pajero!”, avisó Oscar. Los cuatro se acercaron y se quedaron mirándome. Quería decirles que me sacaran el trapo, que me

desataran, que me espantaran los tábanos. Marcelo fue el primero que peló y empezó a mearme. Los otros se sumaron, sin decir una palabra. Solo se escuchaban sus risitas. El repasador se iba mojando. Eran meadas largas y olorosas, calientes. Cuando terminaron, me aflojaron la soga. “Dale, boludo, vamos. La gente ya se está yendo”.